

## Y brilla un epigrama como una cuchillada

Ramón García Mateos / Profesor de Literatura Española del I.B. Cambrils y de la Universidad Rovira i Virgili.

(‘Cuadernos de El Escorial’, último libro de José A. Goytisolo)

Decir que José Agustín Goytisolo es hoy uno de los nombres fundamentales del panorama poético español y, sin ninguna duda, con Rafael Alberti, el más popular de nuestros poetas —entiéndase en su sentido más noble: «A ver si tenéis cuidado/ con la manera de hablar./ Yo no quiero ser famoso/ que quiero ser popular», que escribiera Blas de Otero—, no es más que hacer hincapié en una realidad evidente que no precisa de otras redundancias.

Ahí está la atención que a su obra han dedicado algunas de las mejores plumas de la crítica universitaria y especializada —Carme Riera, José Luis Aranguren, Emilio Lledó, Ana M<sup>a</sup> Moix, Fanny Rubio...—, y ahí está, así mismo, la admiración y el cariño de quienes acuden a sus recitales y lecturas poéticas —prácticamente un centenar, en compañía de Paco Ibáñez, en los dos últimos años— que ha llevado la voz y la palabra por teatros y universidades, desde Barcelona a Puerto Rico, desde España a Norteamérica. Reconocimiento crítico y aceptación popular para un poeta que ha logrado algo que el tiempo y el olvido conceden, tan sólo, a unos pocos elegidos: como en el caso de Quevedo, Lope o García Lorca algunos de los poemas de José Agustín han entrado ya en ese misterioso proceso de tradicionalización mediante el cual sus versos son ya voz del pueblo, y son de todos porque son de nadie, y libres del lastre de una firma, vuelan enamorados entre las notas de una canción: «Prefiero que recuerden algunos de mis versos/ y que olviden mi nombre. Los poemas son mi orgullo».

En los últimos días del ya fallecido mil novecientos noventa y cinco,

veía la luz el, por ahora, último libro de José Agustín Goytisolo: *Cuadernos de El Escorial* (Lumen, Barcelona, 1995), un conjunto de ciento veinte epigramas —corpus muy generoso y escasamente habitual en libros de poesía— distribuidos en diez cuadernos, cada uno compuesto de doce poemas. Todos ellos siguen la misma estructura formal:

cuatro versos alejandrinos blancos, aunque en alguna ocasión el tetradecasílabo se transforma en verso de trece sílabas.

Es este *Cuadernos de El Escorial* un libro polifónico, a pesar de la aparente unidad formal y de composición poética, en el que el poeta revela, de nuevo, los diferentes registros de su voz: desde el yo, fácilmente reconocible, en que se ofrece impudicamente —sin falsos e hipócritas pudores— al lector, hasta la tercera persona, a veces cercana a veces distanciadora, o ese tú múltiple que el poeta utiliza tanto para desdoblarse a sí mismo como para dirigirse a los demás en imprecación o caricia.

En el conjunto de estos *Cuadernos*, como en toda la poesía de Goytisolo, se dan cita la ternura más honda y verdadera y la sátira cruel y despiadada: veneno o jazmín que aroman el pala-



José Agustín Goytisolo.

da<sup>del</sup> amargo y reconfortante sabor de la invectiva o de la dulce acidez de la nostalgia. Mucho tiene que ver en ello la forma misma del epigrama, que precisa de una técnica que reúne concisión y síntesis y descubre sorprendentemente en el último instante el desgarrar profundo o la alada caricia de la vivencia más íntima.

Técnica epigramática que yo diría cercana en su arte a la emoción de la caza: ver salir de su cama la

liebre corredora o alzarse en los rastrojos la perdiz es un instante de emoción contenida, emoción que se alza en el eco de un disparo y culmina en la pieza cobrada. No es casualidad que José Agustín salga con su escopeta de dos cañones todas las temporadas de caza —con sus amigos de Barberà de la Conca, donde tiene casa y reside durante varios meses del año— y siga los pasos del cazador que acaban transformándose en versos y canciones.

Podríamos estructurar los epigramas que componen el libro en cuatro grandes apartados: epigramas satíricos: de sátira moral, sociopolítica y literaria; epigramas amorosos; los dedicados al recuerdo y la presencia de sus amigos; y aquellos epigramas que el poeta se dedica a sí mismo, bien desde la autoreflexión —tanto personal como poética— o desde la ironía e, incluso, la mordacidad. Claro está que no son com-

partimentos estancos y fácilmente se interrelacionan entre sí y las intenciones se mezclan y los procedimientos también. Entre los del primer grupo hallamos algunos de los poemas más duros y brillantes, esos que relampaguean como una cuchillada. Personas y actitudes son zaheridos sin compasión alguna, emergiendo en ellos el veneno más puro de la pluma de Goytisolo: «Crees que porque enculas a cualquier muchachito/ alcanzarás el arte de Jaime Gil de Biedma./ Él era homosexual y altísimo poeta/ y tú un escritorzuelo y un triste maricón». Dulzura y nostalgia en los epigramas amorosos («Tenías trenzas brunas. Deseo que recuerdes/ que entre tus brazos jóvenes yo conocí el amor./ No ese amor que es fugaz y que pronto se olvida/ sino el más perdurable que conocí en el mundo»), calidez y ternura en los versos que el poeta consagra a la amistad y al recuerdo emocionado de sus amigos que se fueron («Las sombras más crueles cayeron sobre ella./ ¿Quién pudo imaginar que Carlos no estuviese?! El duelo cambiaba toda una vida juntos;/ y ahora me siento triste pensando que ella pena») y sinceridad desnuda cuando es el mismo Goytisolo el destinatario de sus palabras («No quiero más locuras ni ser un rey mendigo:/ estas son las dos caras que yo mostré a la gente./ La vida se me escapa. Quiero desagrar/ a amigos que ofendí: ya aguantaron bastante»).

Tiene José Agustín un aire de torero antiguo, que observa la vida como si contemplara el albero ante la tarde: con una hondura grave en su mirada y el más profundo amor entre las manos. La misma hondura, el mismo amor que late en estos cuadernos escurialenses que el poeta hoy con generosidad nos lega: es necesario, pues, corresponderle.